
EDITORIAL

Las diversas comunidades cristianas de nuestras iglesias van a estrenar estas semanas una nueva edición del Ritual de exequias. Este hecho merece ser destacado porque la celebración del entierro cristiano, si se realiza con la debida expresividad litúrgica, está muy lejos de ser un rito anodino. Esta celebración representa en realidad para los creyentes uno de los signos mayores y culminantes de su fe y de cuanto ha sido para ellos la propia existencia cristiana.

Para todos los fieles, en efecto, desde los que “peregrinan hacia el Señor” (Cf. 1 P 2,11) en la paz de los monasterios hasta los que hacen su camino y se esfuerzan en vivir su vocación “en medio de las preocupaciones de la vida” (Cf. Mt 13, 22), sea en el bullicio de las grandes urbes sea en la soledad de los pequeños pueblos, la muerte, por muy dolorosa y llena de lágrimas con que se presente, en la fe significa el término del camino y el encuentro festivo con el Señor. Todos los creyentes, en efecto, deberíamos poder hacer nuestras las palabras de san Ignacio de Antioquía ante la muerte: “Siento en mi interior la voz de un agua viva que me habla y me dice ‘Ven al padre’”. Y es este deseo y esta convicción la que vuelve a expresarse con claridad en el rito restaurado de las exequias cristianas.

De aquí que la importancia de que los ritos exequiales sean intensamente vividos como “evangelio”, celebrados como una de las manifestaciones más expresivas de la fe y de la esperanza cristianas y explicados y presididos por los pastores como una de las tareas en las que más se realiza su propia identidad de ministro del Evangelio de Jesús.

Incluso cuando la celebración de las exequias se realiza ante “católicos que nunca o casi nunca participan de la Eucaristía o que parecen haber abandonado la fe” (Cf. Rit. Exeq., Praenot. 18) —es éste uno de los sufrimientos más intensos para los responsables de

muchas parroquias actuales, pero este sufrimiento no puede hacerles olvidar que también para estos hombres alejados de la fe los sacerdotes son “ministros del evangelio” (Cf. Rit. Exeq., Praenot. 18)— el entierro celebrado con delicadeza, amor y compasión ante los que lloran, es una de las celebraciones más “evangelizadoras”, es decir, más aptas, por su mismo tono y ambientación, para anunciar incluso a los que dudan o viven descuidados el mensaje evangélico que también para ellos debe ser luz y consuelo.

Quizá como consecuencia y reacción —comprensible, pero no justificable— a usos que, en tiempos no lejanos, presentaban la figura del sacerdote yendo de un entierro a otro casi como la de un empleado de pompas fúnebres, influyó en que no pocos pastores pensarán que su misión no era precisamente la de cuidar de los ritos exequiales. Pero aquellos tiempos y aquella figura del sacerdote ha pasado ya felizmente a la historia. Hoy el peligro de escándalo por parte de los fieles no es ciertamente el “comercio funerario” centrado en la asistencia de numerosos sacerdotes en los entierros sobre todo de los potestados. Hoy lo que puede “escandalizar” e incluso alejar de la Iglesia a cristianos vacilantes en su fe —lo que realmente ha “escandalizado” y dolido a algunos fieles— es la poca acogida de los pastores en un momento de dolor como es el de la muerte de un ser querido para el que, en aquel momento, se desea lo mejor, que acostumbra a ser, incluso para los no practicantes, un acompañamiento espiritual lleno de entrañas de misericordia y sin rechazos ante sus deseps. Las “Orientaciones pastorales” de la nueva edición del Ritual de exequias, que han podido enriquecerse con las experiencias positivas y negativas de los años postconciliares, son en este punto concreto de un equilibrio remarcable y de un tono “evangelizador” que merece destacarse. Estas Orientaciones, en algunas de sus afirmaciones, pondrán, posiblemente, algunos interrogantes a los pastores y les invitarán a que revisen algunas de sus actitudes con referencia a la celebración de las exequias, en especial con referencia a la celebración de la misa exequial en el mismo interior del entierro (Cf. v. gr. nn. 39-42).

Hace precisamente unos pocos meses (12-17 de octubre de 1989) que un Simposio reunió en Roma a los presidentes de las Conferencias Episcopales de Europa para tratar del papel de la Iglesia en los momentos del nacimiento y de la muerte. Dos interesantes ponencias de este Simposio llamaron la atención de los asistentes, una sobre la importancia que tienen los ritos (del Bautismo y de las exequias) para el hombre moderno, precisamente porque vive en un ambiente en que casi todo se reduce a la técnica, y la otra sobre la

triple misión que compete a la Iglesia en la Europa actual ante la muerte. El ponente de esta última conferencia (Card. Martini) recalcó con fuerza que los fieles fundamentalmente reclaman de la Iglesia, como derecho y exigencia, una *expresión ritual*, sin que sepan a veces explicar las motivaciones de su demanda. Esta poca claridad en sus peticiones, dijo el ponente, ha llevado a que los pastores sospecharan, a veces, que se trataba de motivaciones superficiales (folklore, deseos de dar gusto a los miembros ancianos de la familia, superstición incluso). Pero no es justo, añadía, interpretar sistemáticamente las motivaciones de la gente sencilla como simplemente superficiales. A través de sus comportamientos se expresan con frecuencia rasgos de una auténtica fe. El Cardenal terminaba sus reflexiones invitando a que los pastores ofrecieran a sus fieles un triple servicio: una diaconía que pusiera a su disposición las riquezas del ritual exequial cristiano, una liturgia de verdadero *servicio a los fieles*, que renunciara a *todo tipo de violencia pastoral* y que se esforzara por hacer camino al lado de los “pequeños” que solicitaban los ritos eclesiales, sin exigirles para ello más que unos primeros pasos en la fe (a veces sólo el deseo confuso de la misma) y un anuncio finalmente insistente y alegre de la vida eterna. Es ésto precisamente lo que brinda el Ritual cristiano de exequias.

Nuestro actual Ritual de exequias ha recorrido un largo camino con sus altos y bajos, es decir, con sus momentos históricos en que la expresividad pascual de la muerte cristiana era intensa en la liturgia y con otras épocas en que este mismo Ritual perdió gran parte de su identidad cristiana propia (Cf. Sac. Conc. 62). De ello se habla en una de las aportaciones de este número que describe los avatares históricos de la celebración exequial.

Pero no sólo los tiempos pasados han tenido una historia, rica en ideas a veces muy fieles al evangelio, a veces, por el contrario, más alejadas del mismo, historia que conviene clarificar para que se vea hasta qué punto era conveniente la reforma actual del Ritual (Cf. Sac. Conc. 21). También nuestra misma puesta en marcha de la restauración del Ritual de las exequias ha tenido unos pasos evolutivos y progresivos (“progresivos” cronológicamente, no siempre ontológicamente) en los que la gente de nuestra generación hemos estado involucrados y que, posiblemente, no hemos acabado de captar.

Recordar estas diversas etapas que en nuestros mismos días ha recorrido el Ritual de exequias es iluminativo para situar la nueva edición, hoy tan reformada, en su más verdadero y más significativo

contexto. Sólo situando la nueva edición en el conjunto de las acciones postconciliares se capta plenamente lo que puede significar este nuevo paso y lo que se exige para que la nueva edición logre la debida resonancia espiritual.

En nuestro tiempo el Ritual de exequias ha recorrido un interesante camino que podríamos sintetizar en las siguientes etapas: 1) Concilio Vaticano II (1963): se decreta que las exequias recobren su significatividad pascual (Sacr. Conc. 81); 2) Se autoriza una amplia experimentación del primer proyecto del futuro ritual: en España se edita el proyecto (BAC 1967); 3) Se promulga la edición típica del Ritual de Pablo VI (1969); 4) Aparece la primera edición española del Ritual de Pablo VI (1971); 5) Se publica la nueva edición profundamente reformada y adaptada (1989).

A primera vista la historia termina aquí. Pero, en realidad, falta aún un paso importante. Todo este conjunto de reformas "objetivas" no son aún suficientes para que las exequias sean vividas como manifestación del carácter pascual de la muerte cristiana (Sacr. Conc. 81). "La liturgia de la Iglesia va, en efecto, más allá de la reforma litúrgica" (Juan Pablo II, Vic. Quint. Ann. 14). La misma experiencia de estos últimos años de reformas litúrgicas ha demostrado hasta la saciedad que los libros litúrgicos, por bien compuestos que estén, resultan, por sí solos, poco eficaces aún si no se los introduce con una buena pedagogía. Las aportaciones de este número especial —doble— de *Oración de las horas* quisieran situarse, con sus reflexiones, en este último paso de la historia moderna del Ritual de exequias, completando y perfeccionando el camino andado hasta aquí. P.F.